



CAPITULO X

De Guillermo Prieto á Juan Pérez de la Llana

DE las cartas que por diversos conductos recibí en mi pueblo, mientras en él permanecí por orden del Jefe del ejército, copio ésta que algo contiene digno de saberse.

Veracruz, 1859.

Juanucho muy amado: te envió algo parecido á un diario, que formé á medida que ocurrían los sucesos de que ha sido teatro este puerto. Creo que no te quejarás de que sea breve; y si te quejas, allá te lo hayas, que al fin no he de rebajar ni una sola línea de todo lo escrito.

Desde Febrero teníamos noticia de la aproximación del joven Macabeo, que llegaba poco á poco, con pasos tácitos y acompasados, estudiando las lomas, midiendo

los arroyos, oteando los médanos y avanzando por fracciones infinitesimales.

El día primero rindieron los jefes de etapa su parte á Robles Pezuela: cuarenta metros, seis centímetros y no sé cuántos milímetros se habían caminado; y *Tleinta y tles* felicitó á las tropas por el esfuerzo extraordinario emprendido para apoderarse de la ciudad rebelde.

Parece que el nuevo Judas... Macabeo aguarda las espadas, rifles, sables, pistolas, mosquetes y cañones, sobre todo cañones, que le remitirán de allá, de México; y al almirante don Tomás Marín, que ha salido de la Habana con una escuadra que ni la de Xerxes, y con unos voluntarios españoles que ni los de Flandes, y con unos buques que ni los de la Invencible; sólo el de la insignia tiene más de mil metros de manga y no sé cuántos de eslora y de puntal.

Otros dicen que no hay más que

La escuadra de Papachín,
Dos guitarras y un violín.

Lo que sí resulta indudable, es que el general Voltereta, digo, Negrete, ha llegado á Tejería con dos mil hombres y ocho cañones.

Miramón se baña y aguarda á Marín, *Tleinta y tles* exhibe el brazo en que recibió un ligero rasguño, pues

quiere contestar al reproche que le dirigió su jefe, Miramón, cuando le negó el derecho de tomar parte en los asuntos del país, ya que mientras todos se batían, Robles permanecía en el extranjero dándose la *vita bona*.

Ello es que ayer Su Grosura ostentaba la herida cu-



bierta con un vendaje que bastaría para amortajar á un difunto.

La noche pasada y las otras hubo timbirimba en el campamento del Godofredo mexicano. Las onzas anduvieron de aquí para allá, engordando unos bolsillos y enflaqueciendo otros. Quizás antes de retirarse el grande hombre, porque no le lleguen los auxilios que aguarda de México, embarque para el extranjero, como la vez pasa-

da, algunos miles de duros que sirvan de bálsamo á las penas del pobre decepcionado.

Hoy que me retiré á casa, ví un gran gentío agrupado en las calles que desembocan á la playa. Pregunté qué motivaba aquella curiosidad, y me informaron que acababan de aparecer dos buques que traían aspecto hostil y que no habían izado bandera.

Pedí uno de los muchos anteojos que andaban por las manos de todos, y miré dos barcos que maniobraban á gran distancia del puerto: eran el *Marqués de la Habana* y el *Correo número uno*, rebautizado *Miramón*, ambos mandados por Marín y destinados á batirnos.

Esto lo supe por la boca de un jarocho despierto, habladorcillo, más *cerrao* que andaluz y gente al parecer bien informada.

— Son loj buquej del Marín, señó amo. Ya Ulúa les dijaró un cañonazo con pólvora y otro con bala; peo como si no. Lo mardito están é siguro arreglaos con er Macabeos pa darnos un dijgusto; pero ¡qué chajeo se pegan! Ya verán loj agachupinao como de naá le sirve trairse toó el arsená de la Habana y er Morro y la Cabaneja.

— Cállate, dijo á esta sazón una moza de pelo en pecho, ¿qué sabes tú de estas cosas? No hay tal Marín ni cosa que lo valga. Son unos probecitos pescadores que andan resguardándose del Norte que se anuncia.

— El norte se lo vamo á dar, tía Pancha, cogiéndolej por pirata y po bandidoj. Ya verá.

— Dice bien la Pancha, gritó un viejo tripón, con más cara de lobo de mar que de otra cosa; ansí pasa y no hay talej pirataj máj que en la mente de lo collonej:

— ¡Miau! dijo el otro. Paso á la sabiuría e la marina y á la condicionej e la gente. ¿Conque no son pirataj, tío Chico? ¡Puej si e gente buena, que me la claven!

— Y tú crees, peazo e tonto, que con esa cácara e nué se arrojarían á tomar e puerto? ¿Y tú cree que no se rirían de ello hajta lo pece e la mar? Yo he vijto, y cuando se ha vijto, no se piensan tontería ni meno se dicen...

— Homia, me ha dejao sin habla. Con razón icen lo verso que cantan lo muchacho por la calle, que uté en Jerusalem

Vió con sus ojoj loj rejtoj
Del arca e Noén, laj velaj,
Los paloj, timón y remoj,
El cuerpo entero e Mauma
Y laj botaj de San Pedro.

— Lo que aiga vijto ó no aiga vijto, á ningún bellaco l' importa, y el que lo due, que se sarga á dar conmigo una vuertecita, y verá si soy ó no soy.

— ¡Pero si no lo he dicho por tanto, tío Chico!

— Ni yo por meno, amigo Pepe; pero cuando se trata e señoraj, yo me trenzo á lo gorpe con cuarquera.

— Po no será conmigo, que á Pancha la ejtimo y le tengo máj ley... Y no porquijté sea marrajo y tenga su ribetej é matrero, me asujto ni me amedrento.

— Naa se ha icho eso, Pepiyo; vamo á refrecar er gaznate con un compuejto fino, y á ver qué sale de esa cacarilla e nué.

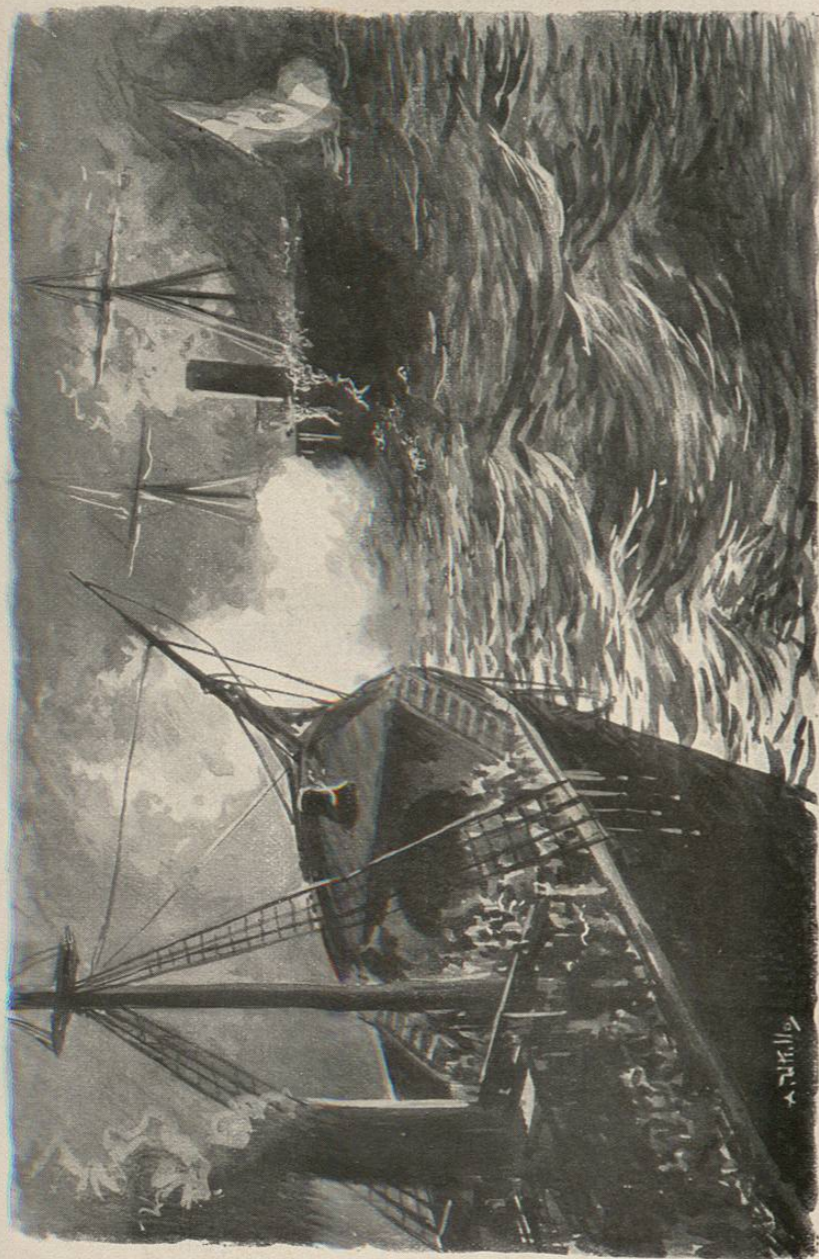
— Pue vamo, tío Chico, que hablando se entienden la gente.

Y se marcharon á alegrarse.

A las seis, como me lo había indicado antes La Llave, estuve puntual en su casa; luego me mandó seguirle con dirección á la playa. Nos embarcamos en una lancha, subimos la escala del *Wave* y nos instalamos á bordo. Me figuraba que nuestra presencia en el barco tenía que ver con la del *Correo número uno* y el *Marqués de la Habana*; pero no sabía lo que iba á pasar.

El mar estaba tranquilo; se descargaba una goleta, la *Emily Keith*; otra, la *Virginia Antonieta*, acababa de anclar en el viejo muelle. Botes alvaradeños cargados de sal, lanchas pescadoras y de paseo, alegraban la rada. Cerca se distinguían los muros de San Juan de Ulúa, y más lejos, en el fondeadero de Sacrificios, un bosque de mástiles de navío.

A las ocho y media oí voces de mando en el *Wave*, y



... Vimos muchos hombres echarse al agua, escuchamos lamentos...

luego conocí que el vapor empezaba á moverse, remolcando á la *Saratoga*. El *Wave* llevaba como ochenta hombres de tropas americanas y otros tantos el *Indianola*, que sólo servía de transporte.

Poco antes de la media noche, los tres buques llegaron á Antón Lizardo, donde estaban anclados los de Marín, sin bandera, con los faroles apagados y como recatándose para no ser vistos.

Al mirar venir los buques americanos, el *Miramón* echó á andar, pues era el único de los dos que tenía sus calderas encendidas. Vimos al *Indianola* moverse rápidamente y seguir al pirata durante un trecho considerable, luego oímos voces, después nos cegó el resplandor de un cañonazo disparado á nuestra derecha y por último una gran cantidad de balas de fusil nos hizo creer que se había trabado una lucha.

La *Saratoga*, que observó el combate, disparó un cañonazo al *Marqués de la Habana*: vimos muchos hombres echarse al agua, escuchamos lamentos, y al fin, vislumbramos un trapo amarillo y rojo que flotaba en el palo de mesana: era el pabellón español. Entonces empezó el abordaje, que no fué más tremendo por la clemencia de nuestros auxiliares.

El primer aprehendido fué Rafael Rafael, grabador en madera, impresor, diplomático, tercero de Santa Anna y conspirador. Disputaba á grandes voces, aseguraba que

traía poderes del capitán general de Cuba y amenazaba con una reclamación de España.

Pero toda la atención la atraía un sujeto con toda la cara manchada de tizne, la camisa desabrochada y los pies descalzos, y dos jovencitos vestidos de guardias marinas españoles: eran los hijos del Nelson conservador.

El capitán Turner, por medio de intérprete, regañaba á Marín (que no era otro el desharrapado), dirigiéndole cargos por haber hecho fuego sin previo reto. Marín, con voz muy queda y con muestras de suma aflicción, dijo que aunque había conocido que eran buques americanos los que se acercaban, no había logrado detener á la chusma que formaba su equipaje, pues si bien la inmensa mayoría de los tripulantes era de españoles, había también franceses, portugueses, malayos, americanos é indios yucatecos. Turner agregó entonces, con voz tremenda: «Ha cometido usted un gran ultraje de que será responsable, porque sobre usted recae toda la culpa de este desgraciado encuentro.» Marín replicó que lo sentía profundamente.

La tripulación permaneció un buen espacio recogiendo los barriles de pólvora y sacos de provisiones que Marín había arrojado al agua en el momento del combate: todos traían las marcas del arsenal de la Habana.

20 de Marzo.—Desde el 14 se acercaron las fuerzas reaccionarias, y aunque las hostilidades iban á empezar desde luego, se suspendieron para tratar de paces. Nada

se consiguió, como era claro, y ayer se disparó la primera bomba. Nos retiramos al castillo de Ulúa, se invitó á las personas pacíficas á que se guarecieran allí, y allí aguardaremos el desenlace de este conflicto.

¿Que cómo irá á acabar? Ya es de presumirse, pues sin el auxilio que Marimón aguardaba por mar, y con la desertión de sus tropas por tierra, es difícil que consiga algo que valga la pena.

Sin embargo, el cañón sigue tronando y destruyéndose multitud de casas del puerto. La población pacífica está aquí atendida con arroz, manteca, pan y demás mantenimientos.

21 de Marzo.—Se creía que el enemigo intentaría un asalto á la plaza en la noche anterior; pero las partidas de exploradores que salieron hoy á la madrugada, regresaron diciendo que los cañones habían sido quitados de las posiciones que tenían ocupadas.

El ejército va atacando la plaza á estilo de los animales que forman su lema, los cangrejos, pues los cañones más cercanos que se notan son los de casamata.

En los últimos días estuvieron los religioneros haciendo el servicio de piezas con soldados de infantería (sobre todo zapadores), á causa de la mortandad que produjeron nuestros cañones entre sus artilleros.

Y como entre los conservadores todo se hace por convicción, rodea á los artilleros improvisados buen golpe

de soldados de caballería, que tiene orden de alancear á los que quieran huir.

La misma fecha. — Fueron aprehendidos José Felipe Ituarte, Francisco César y Francisco Arizmendi, que venían á establecer una aduana marítima en Alvarado, conforme á las disposiciones de Papachín. El guía que habían escogido les entregó al jefe del destacamento de Paso de Ovejas, y de allá fueron enviados á disposición del Gobierno.

— ¡A Veracruz! ¡A Veracruz! repetían esos bellacos en el cínico *Boletín* que redactaban en Jalapa. *Vos dixisti*, majaderos; ya estáis en Veracruz.

La misma fecha. — Se ve alejarse ya, camino de Medellín, al ejército conservador con sus trenes y carros. ¡La del humo!

23 de Marzo. — Decididamente, la familia Miramón está de malas. Se apresó primero al buque que lleva el nombre del caudillejo reaccionario; ahora se acaba de capturar la barca *María Concepción*, que estaba destinada á adular con su dictado á la esposa del antagonista de Zuloaga. Venía la barca cargada de municiones de boca y guerra, que de seguro serán decomisadas.

POST SCRIPTUM. Mayo. — Aquí está un tal Pacheco, embajador que dice ser de S. M. C. ante el desgobierno de Miramón. Es hombre disertó, elocuentísimo y con una mala voluntad para nosotros, como hoy y mañana juntos.

El maldito viejo, que es barrigudo, chato y cojo, resulta más feo que Picio y llega decidido dizque á meternos en cintura. Como las malas intenciones del señor embajador se han traslucido aquí al mismo tiempo que llegaban periódicos españoles que nos ponían de vuelta y media, zurcí como pude unas redondillas de poco fuste en que contesto las diatribas. Ahí te las mando por si te parecen bien.

Cada tiro es un gazapo,
Cada paso un tropezón;
Nos pone ya como un trapo
La España, por diversión.

Jamás faltarán pretextos
A los hijos de la Iberia
Para enviarnos mil denuestos
En prosa burlesca ó seria.

Están á la orden del día
La sinrazón mexicana
Y la morisca porfía
Con lujo de charla vana.

Hasta serios escritores
De mérito, de talento,

Escriben sendos horrores
De este pueblo turbulento.

Donde los hombres caminan
Por un milagro en dos piés;
Y donde todos se inclinan
Hasta ponerse al revés;

Donde perdiéndolo todo,
Hasta la honra y el juicio,
En un océano de lodo
Se vive, por maleficio.

Madre España, ¿á qué ese anhelo
De insultarnos imprudente?
¿No vés que escupiendo al cielo
Te escupes, madre, en la frente?

¿Nuestra desgracia es completa?
¿Fatal es nuestro destino?
Pues danos una receta
Que cure este mal indino.

¿Tus viejos pecados ora
Quieres que solos carguemos?
Eso es injusto, señora...
Tu origen reconocemos.

Es verdad que combatimos
Sin cesar y con tesón;
Pero es porque recibimos
Tu pésima educación.

Y tenemos que extirpar
Muchos abusos y errores
Que dejaron al pasar
Nuestros bárbaros señores.

Ten, Iberia, caridad
Con el que lucha y se afana;
Que el pan de la libertad
Sólo con sangre se gana.

Y tú tienes experiencia
De lo que cuesta el progreso,
Pues, tras tu larga existencia,
Aun estás royendo el hueso.

Tuyo, Juan queridísimo, tu viejo

GUILLERMO PRIETO.